—Yo no veo con tintes tan sombríos el porvenir.

—Querer no es suficiente, es preciso poder, y usted no dirige el destino según su capricho.

Rosa levantó la cabeza sonriendo con orgullo.

—Hace un momento me hablaba usted de los hombres que se apoderan de la sociedad por su energía y valor. ¿No hay mujeres que son también conquistadoras, y que escalan las más altas posiciones? ¿No es una ambición noble y que sobrepasa á su concepción de mujer casera?

—Como usted dice, conozco mujeres que se han elevado por la poderosa fuerza de su talento ó de su genio. Esas son nobles excepciones que todo el mundo admira. Pero si no es más que por el prestigio del lujo, de la belleza, por lo que la mujer debe triunfar, es victoria bien triste y bien precaria. ¿Sueña usted en triunfos de vanidad? Pues entonces no vacile, tienda la mano á quien puede procurárselos, y cásese con el barón Folentin de Rocher.

Rosa se puso en pie. El tono de Valentín, sus ademanes, todo lo que su rostro expresaba, la había herido profundamente. Golpeó el suelo con el regatón de su sombrilla, y dijo:

—Le doy las gracias por su consejo. Creo que es bueno, y lo seguiré. Me casaré con el barón de Rocher.

Dedicóle una ligera inclinación de cabeza, y con paso tranquilo salió del jardín.

SEGUNDA PARTE

I

Aquella noche la espléndida sala de los Campos Elíseos, con sus palcos llenos de espectadores en correctísimo frac, y las plateas en donde se hallaban reunidas las mujeres más elegantes de París, ofrecía un aspecto maravilloso. En el escenario los personajes del prólogo se agitaban con esa mímica petulante que caracteriza á los aficionados mundanos. Algunos miembros del Círculo se habían refugiado en los salones para respirar libremente. Los acordes de la orquesta, debilitados por la distancia, llegaban á ellos como un zumbido, y entre el humo de los cigarros, jóvenes y viejos hablaban tranquilamente.

—Nuestro amigo Condottier no está muy allá en su papel—dijo La Bréde.—Se empeña en representar papeles cómicos y ninguno encaja en sus facultades.

—Cuestión de contraste. Representa galanes en la vida y no puede representarlos en el teatro.

—¿Y quién te ha dicho que no hace de galán en el teatro?—dijo de Tremblay.—Si Nini Beral, la que hace de comadre esta noche, te oyese, á buen seguro que diría que tus noticias no son ciertas.

—¿Y que pensaría de todo esto la hermosa baronesa de Folentin?

—Pero—observó Fermont—la señora de Folentin no tiene nada que ver en todo esto. Condottier flirtea con ella del mismo modo que usted, que yo y que muchos otros. Gracias á Dios nuestra hermosa Baronesa no es exclusiva, y tiene el buen talento de aceptar todos los homenajes, pero siempre con la condición de no favorecer á nadie.

—¿La han visto ustedes esta noche? Está hermosísima y vestida con un *chic*.

—¡Doucet! Es el único.

—Folentin ha encontrado el medio de sentarse junto á ella.

—Para gozar mejor de sus triunfos.

—Su dinero le cuesta.

—No lo siente.

—Está loco por su mujer.

—He ahí vuestro error.

—¿Cómo? ¿No adora á la Baronesa?

—Sí, la adora, pero del modo como él suele adorar. Cuando la ve rodeada de lujo, en una atmósfera resplandeciente de seducción, atrayendo todas las miradas y recibiendo todos los homenajes, se envanece, se extasía, y no se cambiaría con el Presidente de la República. Pero cuando está en su casa por la mañana, á la hora de almorzar, y en su hermoso comedor de los Campos Elíseos, á ese muchacho le importa un comino su mujer. Piensa en sus negocios, en la Bolsa y en el empréstito búlgaro que prepara. Solo siente interés por la Baronesa cuando la ve con todas las velas desplegadas, magnífica y conquistadora. Para apreciar en su justo valor su felicidad necesita ver que todos los hombres de París se precipitan en torno de su mujer. Todo esto, hasta el extremo de que creo preferiría que su mujer tuviese amantes á que dejase de tener rendidos adoradores.

—Vamos, tu exageras—dijo de Tremblay.—En tu paradoja hay algo de verdad, pero es preciso decir que Folentin, al mismo tiempo que se siente halagado viendo que su mujer recibe homenajes, siente también celos de los que se los ofrecen. Ahí es donde Fermont se equivoca. Si la Baronesa pudiese engañar á Folentin sin que nadie lo supiese, tal vez el Barón se conformara con su desgracia; pero si el más insignificante ridículo viniese á atenuar su prestigio, ¡ah!, creo que se sentiría un Otelo.

—Supongamos algo menos.

—Y no hablemos más de este asunto.

Un indescriptible barullo vino á interrumpir á los murmuradores. Los espectadores invadían el *hall* para dirigirse al ambigú. Los tres amigos de Folentin, libres del temor de verse obligados á oir algo de lo que se decía en el escenario, salieron del saloncito reservado para confundirse con los invitados. Las mujeres estaban allí hablando, riendo, moviendo los abanicos y satisfechas, viendo la solicitud con que las asediaban sus parientes y amigos. El presidente del Círculo, al que se reconocía fácilmente por su elevada estatura y su aspecto de gran señor, daba el brazo á la embajadora de Inglaterra, mientras que una alteza imperial arreglaba los negocios financieros de su país prodigando sus graciosas sonrisas á la mujer de un poderoso banquero. Era una mezcla de sociedades y de castas que resumían lo que se ha convenido en llamar el todo París, y dominando á los concurrentes, siendo el blanco de todas las miradas, conquistadora como quería, la baronesa de Rocher reunir á su alrededor una verdadera corte de aduladores.

Estaba más hermosa que nunca; el matrimonio le había sentado admirablemente. Su belleza, lejos de disminuir, parecía que había aumentado con el sentido de su poderío. Sabía que la admiraban, y con orgullosa indiferencia se ofrecía á las admiraciones.

Convencida de su hermosura, había tenido la

coquetería de no lucir demasiadas alhajas. Solo llevaba un hilo de magníficas perlas alrededor del cuello. En sus abundantes cabellos rubios, naturalmente ondulados, llevaba una sencilla pluma color rosa que armonizaba admirablemente con el tono pálido de su traje. De pie en medio del *hall* y rodeada de un círculo de íntimos resplandecía de satisfacción, y aparecía tan bella por su gracia y lujo que instintivamente todas las miradas se fijaban en ella. A diez pasos, Folentin, apoyado en una columna de mármol, conversaba con unos amigos, sin que al parecer prestase la menor atención á los gestos de su mujer, y como si la dejase dueña absoluta de sus acciones. Esta desenvoltura y esta seguridad acababan de dar al joven matrimonio un título de soberanía, un sello de indiscutible superioridad.

Repentinamente se observó un movimiento en la muchedumbre, y por un instante la atención se apartó de Folentin y de la Baronesa. Agil, elegante y sonriente, Condottier adelantaba hacia Rosa. Había cambiado de traje con gran rapidez, y vestido de frac y con una flor en el ojal pasaba entre las calurosas felicitaciones de sus amigos, pues habiendo terminado su papel, se convertía en espectador para el resto de la velada. Pero cuantas lisonjas le dirigían le eran completamente indiferentes. Las escuchaba sonriendo distraidamente, poniendo de manifiesto

que no deseaba contar más que con una sola aprobación. Era esta la de la reina de la fiesta. Llegó al fin hasta ella, estrechó la mano que le tendía, y besándola con encantadora ligereza se inclinó ante su juez.

—¿Está usted satisfecha? ¿Se divierte usted?

—La comedia que han representado ustedes no me parece cosa extraordinaria, y no comprendo cómo se ha reunido tanta gente para hacer esta obra. Con todo, usted ha estado muy bien y ha cantado el «rondó» con un aplomo admirable.

—Sin embargo, tenía un miedo enorme.

—Nadie lo ha advertido.

—Entonces, ¿cree usted que me contratarían en Variedades?

—Si he de decir la verdad, no creo que pueda usted ganarse la vida haciendo comedias.

—Entonces tengo que desesperar de llegar á ganármela nunca.

—No creo que pueda usted figurar entre los hombres útiles; conténtese figurando entre los agradables.

—Mi única ambición es que usted me considere así.

—Pues ofrézcame el brazo para ir al *buffet*, me muero de calor.

Seguidos por un numeroso cortejo se pusieron en marcha y cruzaron los salones, en donde la muchedumbre se agolpaba como hubiera podido hacerlo para presenciar el paso de una reina.

En los dos años que hacía que se había casado con el barón de Rocher, Rosa habíase esforzado con una tenacidad y una destreza muy notables en conseguir la realización de su programa de existencia. Al convertirse en mujer de Folentin tomaba un aliado poderosísimo para emprender la conquista del mundo. El banquero había puesto á su servicio su fortuna, su posición social y sus relaciones de familia. De todo esto Rosa había sacado gran partido, y en el espacio de algunos meses su casa tenía fama de ser una de las más agradables de París. Las comidas que daba llenaban de orgullo á su marido, pues en ellas encontraba el medio de satisfacer su glotonería y su vanidad. Además, no tardó en convencerse de que los negocios se trataban más fácilmente y mejor en sus salones que en sus oficinas, y como sus intereses estaban en perfecto acuerdo con sus placeres, empujó á su mujer para que siguiese el camino emprendido, cosa para la que demostraba especialísimas condiciones.

La joven Baronesa, que se conducía perfectísimamente y que observaba una conducta irreprochable, se había captado las simpatías hasta de las gentes más severas, y su luna de miel con el gran mundo, al que se había entregado por completo, había sido deliciosa. Desde la primera tentativa fué admitida sin la menor resistencia ni discusión, y su éxito fué completo y definitivo. Pasado el primer invierno sus reuniones figura-

ban entre las más escogidas, y Rosa podía atreverse á invitar á los más elevados personajes sin temor que uno solo dejase de aceptar. Su casa no era de las que el invitado se preguntaba: ¿iré? Se aceptaba la invitación y se iba con gusto.

Al principio de tan grande y brillante triunfo Rosa había sentido un ligero aturdimiento. Folentin lo había encontrado muy natural, pues la extraordinaria idea que de sí mismo tenía legitimaba á sus ojos la vertiginosa ascensión á la más alta notoriedad. Pensaba que aquello, y aun algo más, se le debía, y que la baronesa de Rocher, solo por ser su esposa, necesitaba ser una dueña de casa sin rival. Solo por obra y gracia de su unión con él, Rosa había adquirido tan relevantes méritos, y en la buena opinión que de ella tenía entraba por lo menos en tres cuartas partes el contento de sí mismo.

Un individuo así constituído tenía que ver sin la más ligera sombra de aprensión que los hombres más elegantes y amables de París se dedicasen á hacer la corte á su mujer. La Baronesa, una vez pasado el período de excitación, no había tardado en darse cuenta de que toda su gloria era algo monótona, y que sus triunfos, como las listas de platos de sus comidas, eran siempre los mismos, salvo muy ligeras variaciones.

Un espíritu fino y delicado como el suyo no podía conservar largo tiempo ilusiones con respecto á Folentin. La corrección del Barón encubría apenas su miseria intelectual, y la ternura para con su mujer no era más que una excitación de amor propio. Rosa le vió tal como era: egoísta, nulo, presuntuoso y con una bondad aparente que envolvía mucho de vileza. Por más que hizo concienzudos esfuerzos, le fué imposible amarle. El glorioso Folentin no se preocupó por ello lo más mínimo, y aceptó la pasividad de Rosa como el abandono admirativo que una mujer siente por su vencedor. Se juzgó tan seguro de ella que no prestó la menor atención ni á sus acciones ni á sus pensamientos. Si alguien hubiese ido á decirle: «Barón, su mujer de usted le engaña», hubiera sonreído con soberbia contestando: «es imposible.» Y con esta pretensión reunía todas las condiciones requeridas para sufrir este inconveniente; pero Rosa no pensaba en procurarle semejante sinsabor.

Condottier, después del matrimonio, se había ido á Oriente con su hermana, pasando por Hungría, en donde el conde Grodsko había exigido que la Condesa hiciese una aparición, amenazando con cortar de raíz todo subsidio. Los manejos de Condottier no habían producido fascinadora impresión en la Baronesa. Había representado á conciencia su papel de mujer de mundo, haciendo esfuerzos para encontrar en ello algún placer, y advirtiendo con sorpresa que el atractivo de la novedad pasada se convertía en laxitud y aburrimiento incurable. Constantemente daba

vueltas alrededor del círculo de ocupaciones fútiles, haciendo al día siguiente lo que había hecho la víspera, y el aparato, la solemnidad y la etiqueta de su vida mundana, hacían más grande y desesperante aquel vacío.

Al principio algunas mujeres jóvenes trataron de arrastrarla á la sociedad de vividores libertinos y gente de escándalo, de los que su buen sentido supo librarle. Esto se supo, y Rosa sacó de ello gran partido. Sentó plaza de mujer rígida, y su espíritu, que es vivo y alegre, la arrastraba algunas veces á obrar con cierta libertad; todo el mundo la tenía por una mujer honrada. Así se pudo permitir bromear con sus amigos, sin que nadie la criticase.

Se encontraba gozando todas estas ventajas, cuando Condottier, tostado por el sol, pero sin que sus asiáticas peregrinaciones le hubiesen desfigurado el rostro, reapareció en compañía de su hermana, instalándose de nuevo en el *faubourg* Saint-Germain. Desde los primeros días de su regreso se dió á conocer como otro hombre. El joven, el brillante y ligero Marqués cedió sitio á un Condottier más grave, más meditabundo, pero tan elegante como antes. El cambio que se había operado en él era muy grande. Hubiera podido decirse que el príncipe de la juventud había dejado todas sus locuras en los países que venía de recorrer. Rompió con sus antiguos compañeros de francachelas y comenzó á vivir muy honorablemente.

No se le vió más á la mesa del *baccará*, ni en el tiro de pichón, ni en las carreras con Raimundo de Chalin, y comenzó á hacer economías. A otro le hubieran creído arruinado. En él divirtió, pero los curiosos quedaron estupefactos cuando el marqués de Condottier entró á formar parte de grandes y muy serios negocios, dando pruebas de gran aplicación y de muy buen sentido.

Folentin, que lo encontró en la Administración de los caminos de hierro de Túnez, quedóse asombrado.

—Parece increible—le dijo á su mujer—el cambio que se ha operado en este muchacho. El otro día, oyéndole hablar de negocios, me produjo la impresión de un Morny. Le creo apto para todo, y me parece que si quiere preocuparse llegará á hacer una fortuna. Ha conseguido reconciliar á su hermana con el conde Grodsko, y es segurísimo que con los enormes capitales de que dispone ese magiar, se ha metido en los grandes negocios. Ese conde Grodsko es extraordinariamente rico, y si, como se asegura, viene á instalarse en París para vivir entre nosotros una buena parte del año, la situación de Condottier cambiará mucho.

Pues, si no recuerdo mal, en otros tiempos tenías del Marqués una opinión que le favorecía muy poco.

—Mujer, entonces no hacía más que locuras.

—Quería casarse conmigo.

—Lo cual era la mayor de todas.

—Verdaderamente.

—Tú no eras desde ningún punto de vista la mujer que le convenía. No hubieras podido corregirlo.

—Es posible —dijo Rosa pensativa.— Y ¿cómo ha conseguido corregirse solo?

—La soledad, la reflexión, el alejamiento de París... En una palabra, es un Condottier completamente nuevo, que te divertirá y al que no reconocerás fácilmente.

El Marqués volvió á ver á Rosa y ésta le reconoció muy bien; pero con todo, lo encontró mejorado. Cuando la condesa Grodsko se encontró de nuevo con Rosa, ahora baronesa de Folentin, volvieron á ser íntimas amigas, y nadie se asombró de ello. El mismo Prévinquieres, que no simpatizaba mucho con la Condesa, se vió obligado á sentir por ella el más profundo reconocimiento.

En el preciso momento en que el Marqués y su hermana habían vuelto de sus peregrinaciones, Mauricio Prévinquieres estaba á punto, por la sexta vez lo menos, de casarse con una mujer de la que era amante. Era una viuda de treinta años, extremadamente bonita, que vendía objetos más ó menos artísticos en un almacén de la calle Caumartin. La señora Wassel era una belga, de ojos azules y cándidos, tez anacarada y metida en carnes, que tenía especialísimas aptitudes para engañar á los coleccionistas con un

marfil falso de la época del Renacimiento, ó una loza alemana del siglo XIV, procedente todo de una fábrica de Belleville. Vendía también tapices con un palmo cuadrado de tejido antiguo y algunos metros de moderno.

En casa de esa encantadora y poco escrupulosa chamarilera entró un día casualmente Mauricio Prévinquieres para comprarle un joyero á su hermana. La viuda Wassel, mientras vendía al buen mozo, y muy caro por cierto, un chirimbolo que no tenía ningún valor, se apoderó de su corazón. A partir de aquel momento, Mauricio sentó sus reales en casa de la señora de Wassel, á la que en el espacio de una semana compró objetos por valor de diez mil francos, objetos que el barón de Duburle afirmaba que en junto no valían diez luises. Poco después la viuda se negó bruscamente á venderle nada, y arrojó del almacén al pobre Mauricio Prévinquieres, declarándole que su continuada presencia ahuyentaba á los clientes.

Mauricio, exasperado, declaró su ardiente amor á la chamarilera. La amable belga, ante resolución tan inesperada, dulcificóse un tanto, y á partir de aquel momento Mauricio gozó del derecho exclusivo de instalarse en una amplia butaca, estilo Luís XIII, al lado de la señora Wassel, que pasaba el día poniendo en orden sus cuentas. Los padres de Mauricio Prévinquieres, profundamente disgustados con la resolución de

su hijo, habían sido requeridos dos veces para dar su consentimiento ante notario, y aquel joven atolondrado iba á realizar la última locura, cuando la condesa Grodsko se presentó de improviso en casa de Rosa.

La elegante Condesa se burló alegremente de Mauricio, ridiculizando la vida en un almacén de antigüedades de la calle de Caumartin, dando á entender que un hombre podía cometer una ligereza, pero que debía guardarse de realizar una villanía, y que la señora Wassel gozaba de malísima reputación en el comercio. Estuvo brillantísima, convincente y conturbó seriamente á Mauricio, estableciendo una comparación entre las condesas húngaras y las vendedoras belgas muy favorable para Hungría. Mauricio era extraordinariamente variable y ondulante é intentaba reanudar su antiguo flirt con la elegante hermana de Condottier. Su resolución de casarse con la chamarilera, el amor que por ella sentía, todo desapareció como una columna de humo llevada por una fuerte racha de viento. Ahora lo que le preocupaba era una boca encantadora y sonriente y unos ojos negros hermosísimos. La condesa Grodsko permaneció una hora en casa de Rosa, y al marcharse se llevó á Mauricio en su coche.

Todo esfuerzo merece una recompensa, y el servicio que la hermana de Condottier acababa de prestar á la familia Prévinquieres valía un

poco de agradecimiento. Se establecieron entre la señora de Grodsko y la señora Prévinquieres relaciones cordialísimas. Duburle hizo observar que era la segunda vez que Mauricio se salvaba gracias á la intervención de la hermana y del hermano. El Marqués lo había arrancado de las garras de la bella Amadina de Narbona, y la Condesa acababa de desbaratar de un golpe los proyectos de la señora Wassel. Refunfuñando Prévinquieres hubo de reconocer la importancia de su deuda. Mauricio comenzó á ir á todas partes con la condesa Grodsko. La situación era inmoral, pero cómoda en extremo, y el padre aceptaba los hechos resignado.

Folentin no se preocupaba lo más mínimo por la asiduidad de Condottier; abusó no poco de las complacencias que le guardaban. Su modo de conducirse con Rosa fué muy distinto al que antiguamente había empleado. Se mostraba discreto y reservado. La corte que hacía á la joven Baronesa estaba llena de matices, y entre ella y el compañerismo no existían sensibles diferencias. Daba noticias, guiaba é iluminaba á la señora de Folentin en todas las circunstancias, y siempre con un tacto exquisito. Ella le llamaba su consejero íntimo y decía riendo: «Conmigo es de una severidad increible.»

En realidad, Condottier había impedido que Rosa cometiese algunas faltas de etiqueta que hubieran podido perjudicarle, y Folentin le es-

taba muy agradecido. La extrema fatuidad del marido, fortificada por el agradecimiento, creó á Condottier una situación excepcional en la casa, pero éste procuraba no poner en ridículo al amigo.

Hacía grandes esfuerzos para que olvidase sus antiguas amenazas, lo que conseguía admirablemente. Al parecer, Folentin no se acordaba de que Condottier había sido su antiguo rival, el mismo que había anunciado su propósito de vengarse.

Sentía verdadera satisfacción encontrándose con el Marqués en su casa. Lo llevaba á Chantilly á Rocher sin que Condottier asistiese, y sentía no encontrarlo en los salones de la Baronesa. Otro que Condottier se hubiera hastiado de semejante confianza y de tantas pruebas de simpatía y afecto. Él sonreía con tranquilidad; aceptaba la situación con aparente indiferencia, y devolvía centuplicadas á Rosa las atenciones con que Folentin le colmaba.

No podía darse situación más favorable; poco á poco inspiraba confianza á Rosa, dejándola ejercer una autoridad á la que se sometía amablemente, vigilando la ocasión más propicia. La fatuidad del marido rayaba en ceguera y Mauricio estaba de su parte. Un acontecimiento que en apariencia no podía ser más vulgar, cambió de pronto el plan que tan hábilmente había preparado.

Una tarde en que el Marqués, Rosa y Mauricio discutían en un saloncito las peripecias de un *match* de automóviles, Folentin entró dando muestras de gran alegría. Como su amigo se levantase para estrecharle la mano, hizo un ademán para protestar.

—Que nadie se moleste. Si ocasiono la más ligera turbación me voy... No hago más que entrar y salir. He sabido que Mauricio estaba aquí, y he entrado para hacerle un encargo. Es que hace un momento he recibido en mi despacho la visita de uno de vuestros amigos, que viene de América y que trae un crédito considerable contra mi casa...

—¿Quién es ese Nabab?

—Un hombre á quien conocéis mucho y al que vuestro padre verá con muchísimo gusto. Valentin Raynaud.

—¿Ha hecho mucha fortuna?

—A juzgar por lo poco que me ha dicho, debe tener con su amigo Evans unos terrenos petrolíferos, de los que sacan grandes beneficios que no me atrevo á deciros, pues verdaderamente son fantásticos.

—¡Bravo por Valentín!—exclamó Mauricio.—Tuvo buen olfato marchándose de Beaumont. ¡Lástima que tanto dinero vaya á manos de un hombre sin necesidades! Ya dicen que la fortuna es ciega. Yo no tendré nunca semejante suerte.